



D. ROMAN

D. Román Olivares Valdés

COMO D. Enrique, había nacido en Cuba, «la Isla hermosa del ardiente sol», según canta la guajira, donde su padre fué destinado como militar, profesión que estuvo a punto de abrazar él también y que cambió luego por el arte de Esculapio.

En oposición a D. Enrique, no era un esbelto junco de la Manigua, sino un hombre de complexión robusta y vientre abultado, que parecía llevar siempre el cinturón de gala.

Tenía mucho amor propio y cierta propensión a ver las cosas señorialmente. Nunca perdió la inclinación a las prendas de piqué y la ropa almidonada usuales en su tierra natal, aunque en ésto como en todo tuviera una gran parte su distinguida esposa.

El conocía el camino verdadero de la profesión, pero no lo seguía con regularidad y los impulsos, más imaginativos que lógicos, se perdían como las olas en las orillas del mar.

Inclinado a las buenas formas un poco ostentosas, cuidaba las relaciones sociales con más atención que los demás Médicos.

En su tiempo, la brusquedad defensiva, propia de los Médicos, era calificada por las gentes de borriquería y este calificativo se aplicaba a todos menos a él y a D. Enrique (menos a él, cuya soberbia era proverbial! Lo que pasaba es que la gente no lo entendía, pues padecía una disartria y cuando se excitaba—cosa tan frecuente en la visita médica— el torrente de palabras superpuestas y entrecortadas y la secreción salivar dejaba a la gente con la boca abierta sin saber qué hacer ni qué pensar. En estos momentos tenía audacias temerarias y aciertos indiscutibles que le dieron su época y un lugar en la medicina local.

En estado de sosiego era tan infeliz y tan noble como sus demás compañeros, que se les llevaba por donde se quería

Visitaba en tartana como los demás, pero cuando D. Enrique optó por la berlina, D. Román echó otra inmediatamente, pues no toleraba indirectas. La visita en coche se hizo inexcusable, más que por necesidad física por señorío, pues el pueblo podía andarse entonces varias veces al día con comodidad y la profesión se llevaba holgadamente. Aquello le iba muy bien al Médico y enaltecía su misión, no hay que dudarle, incluso ante sí mismo, pues aumentaba su estimación propia bien maniada en el orgullo de todos.

GRAMATICA PURA

Doroteo el barbero, famoso cazador con el hurón, tenía tan bien distribuido su trabajo, que no admitía ni el caso accidental. Si llegaba algún cliente nuevo protestaba murmurando: «no habrá tenido otro sitio donde ir éste».

En una ocasión hubo una concentración de fuerzas en Santa Clara y bajaban por El Altozano buscando una barbería. Le preguntaron a Alaminos, que estaba en el sol con Doroteo, y dijo: «este es el maestro».

Doroteo entornando el ojo izquierdo, como solía hacer, se sacudió el golpe poniendo el tiempo en pretérito y dijo:—«era, era».